

LA CASA EN EL MAR MÁS AZUL



TJ KLUNE

TJ Klune
La casa en el mar más azul

Traducción de Carlos Abreu Fetter





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The House in the Cerulean Sea*

© del texto: TJ Klune, 2020

© de la traducción: Carlos Abreu Fetter, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Red Nose Studio

Primera edición en Colección Booket: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.170-2024

ISBN: 978-84-08-29757-4

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Uno

—Ay, madre —dijo Linus Baker enjugándose el sudor de la frente—. Esto resulta de lo más irregular.

Decir eso era quedarse corto. Maravillado y embelesado, contemplaba cómo una niña de once años llamada Daisy hacía levitar unos bloques de madera varios metros por encima de su cabeza. Los cubos giraban lentamente en círculos inscritos unos dentro de otros. Daisy tenía el ceño fruncido por la concentración, y la punta de la lengua le asomaba entre los dientes. Continuó así durante un minuto largo, y entonces los bloques descendieron despacio hasta el suelo. El grado de control de la chiquilla era asombroso.

—Ya veo —dijo Linus garabateando frenéticamente en su bloc de notas. Se encontraban en el despacho de la directora, una habitación ordenada con una alfombra marrón suministrada por el gobierno y varios muebles viejos. Las paredes estaban cubiertas de unos cuadros espantosos de lémures en poses variadas. La directora se los había mostrado a Linus con orgullo, asegurándole que la pintura era su pasión y que, si no la hubieran nombrado directora de ese orfanato en particular, trabajaría en un circo ambulante como adiestradora

de lémures o incluso montaría una galería de arte para compartir su obra con el mundo. Linus pensó que el mundo agradecería que los cuadros se quedaran en aquel despacho, pero se guardó su opinión. No estaba ahí en calidad de crítico de arte aficionado—. Y ¿con qué frecuencia..., en fin, ya sabes, haces flotar cosas?

La directora del orfanato, una mujer baja y regordeta de cabello encrespado, dio un paso al frente.

—Oh, con muy poca frecuencia —se apresuró a decir, retorciéndose las manos y lanzando miradas furtivas de un lado a otro—. A lo mejor una o dos veces... ¿al año?

Linus tosió.

—Al mes —rectificó la mujer—. Qué tonta soy. No sé por qué habré dicho al año. Ha sido un lapsus. Sí, una o dos veces al *mes*. Ya sabe usted cómo va esto. Cuanto más crecen los niños, más... cosas hacen.

—¿Es así? —le preguntó Linus a Daisy.

—Ya lo creo —respondió Daisy—. Una o dos veces al mes, no más. —Le dedicó una sonrisa beatífica a Linus, que se preguntó si, antes de su llegada, habían obligado a la niña a memorizar las respuestas. No sería la primera vez, y dudaba que fuera la última.

—Claro —dijo Linus. Las otras dos aguardaron mientras seguía arañando el papel con su pluma. Aunque notaba las miradas fijas en él, permanecía enfrascado en sus palabras. La precisión requería atención. Era un hombre concienzudo, y su visita a aquel orfanato en particular había resultado como mínimo esclarecedora. Tenía que anotar todos los detalles posibles para completar su informe final cuando regresara a la oficina.

La directora no paraba de agobiar a Daisy, alisándole el rebelde pelo negro hacia atrás y sujetándoselo con pinzas de plástico en forma de mariposa. La cría contemplaba desola-

da y con cejas temblorosas los bloques de madera en el suelo, como si deseara que volvieran a levitar.

—¿Tienes control sobre tu poder? —inquirió Linus.

—Claro que lo tiene —afirmó la directora antes de que Daisy pudiera abrir la boca—. Si no, no le permitiríamos...

Linus alzó la mano.

—Le agradecería que dejara que Daisy respondiera por sí misma, señora. Aunque no me cabe duda de que solo quiere lo mejor para ella, me da la impresión de que los niños como Daisy tienden a ser más... directos.

La directora hizo ademán de hablar otra vez, pero Linus arqueó una ceja. Entonces la mujer asintió, suspirando, y se apartó un paso de Daisy.

Tras garabatear una última nota, Linus le puso el capuchón a su pluma y la guardó junto con el bloc de notas en su maletín. Se levantó de la silla, y las rodillas le crujieron en señal de protesta cuando se acuclilló ante Daisy.

La chiquilla se mordisqueó el labio inferior, con los ojos como platos.

—Daisy, ¿puedes controlarlo?

Ella hizo un lento gesto afirmativo.

—Creo que sí... No le he hecho daño a nadie desde que me trajeron aquí. —La boca se le torció hacia abajo—. Hasta que pasó lo de Marcus. No me gusta hacer daño a la gente.

A Linus casi le pareció creíble la última frase.

—Nadie dice que te guste. Pero no siempre somos capaces de controlar los... dones que hemos recibido. Y la culpa no es necesariamente de quienes poseen dichos dones.

Esto no pareció consolarla.

—Entonces, ¿quién tiene la culpa?

Linus parpadeó.

—Bueno, supongo que hay un montón de factores. Estudios recientes indican que los estados emocionales extremos

pueden provocar reacciones como las tuyas. La tristeza, la ira, incluso la alegría... ¿Es posible que estuvieras tan contenta que le lanzaste una silla a tu amigo Marcus sin querer? —Este era el motivo por el que lo habían enviado ahí. Habían ingresado a Marcus en el hospital para que le curaran la cola. Se le había quedado torcida en un ángulo extraño, cosa que el hospital había notificado de inmediato al Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos, como era su obligación. La notificación había dado lugar a una investigación, y por eso habían enviado a Linus a aquel orfanato en particular.

—Sí —respondió Daisy—. Es justo eso. Me puse tan contenta cuando Marcus me robó mis lápices de colores que le lancé una silla sin querer.

—Entiendo —dijo Linus—. ¿Le pediste perdón?

Ella bajó la vista de nuevo hacia sus bloques de madera, arrastrando los pies adelante y atrás.

—Sí. Y él dijo que no estaba enfadado. Incluso les sacó punta a mis lápices antes de devolvérmelos. Sabe hacerlo mejor que yo.

—Qué considerado por su parte —comentó Linus. Sintió el impulso de extender el brazo y darle unas palmaditas en el hombro, pero no habría sido apropiado—. Y sé que en el fondo no querías hacerle daño. A lo mejor, a partir de ahora, nos pararemos un momento a pensar antes de dejarnos llevar por las emociones. ¿Qué te parece?

La niña asintió enérgicamente con la cabeza.

—¡Y tanto! Prometo pararme un momento a pensar antes de lanzar sillas solo con el poder de la mente.

Linus suspiró.

—Me parece que no es exactamente eso lo que...

Desde las entrañas de la antigua casa llegó el tintineo de una campana.

—Galletitas —jadeó Daisy antes de arrancar a correr hacia la puerta.

—Solo una —le advirtió la directora, a su espalda—. ¡No te estropees el apetito antes de la cena!

—¡No lo haré! —gritó Daisy mirando hacia atrás antes de salir y cerrar de un portazo. Linus oyó el golpeteo de sus piececitos alejándose a toda prisa por el pasillo en dirección a la cocina.

—Sí lo hará —murmuró la directora, encorvándose en su silla, tras el escritorio—. Siempre lo hace.

—Yo diría que se lo ha ganado —señaló Linus.

Ella se frotó la cara con la mano y lo observó con recelo.

—Bueno, ya está. Ha interrogado a todos los niños. Ha inspeccionado la casa. Ha comprobado que Marcus se encuentra bien. Y, a pesar del... incidente con la silla, resulta evidente que Daisy no quiere mal a nadie.

Linus suponía que la mujer tenía razón. Marcus le había parecido más interesado en conseguir que él le firmara la escayola de la cola que en causarle problemas a Daisy. Él se había negado, alegando que eso habría estado fuera de lugar. Marcus se había llevado una decepción, pero se le había pasado casi de inmediato. A Linus le había maravillado, y no por primera vez, la capacidad de recuperación de todos ellos.

—En efecto.

—Supongo que no me dirá qué piensa escribir en su informe...

—Desde luego que no —contestó Linus, irritado—. Como bien sabe, se le hará llegar una copia una vez que yo lo haya presentado. Conocerá el contenido exacto en ese momento, y ni un minuto antes.

—Por supuesto —se apresuró a decir la directora—. No pretendía insinuar que usted...

—Me alegra que entienda mi punto de vista —dijo Linus—. Y sé que el DEJOMA se lo agradecerá también. —Se puso a hurgar en el maletín, reordenando los pape-

les que había dentro hasta que quedó satisfecho. Bajó la parte superior y echó los cierres—. Y ahora, si no tiene nada más que comentarme, me retiro y le deseo unas muy buenas...

—Usted cae bien a los niños.

—Y a mí me caen bien ellos —respondió él—. De lo contrario, no me dedicaría a esto.

—No todos sus colegas son como usted. —La directora se aclaró la garganta—. O, para ser más precisos, no todos los demás trabajadores sociales.

Linus dirigió una mirada ansiosa hacia la puerta. Había estado tan cerca de escapar... Se volvió, sujetando el maletín frente a sí como un escudo.

La directora se levantó de la silla y rodeó la mesa. Él retrocedió un paso, más por costumbre que por otra cosa. La mujer no se le acercó más, sino que se recostó contra su escritorio.

—Nos han visitado... otros —dijo.

—¿Ah, sí? Era de esperar, claro, pero...

—No tienen en cuenta a los niños —prosiguió ella—. No los tienen en cuenta como personas, solo les importa lo que son capaces de hacer.

—Hay que concederles una oportunidad, como a todos los niños. ¿Qué esperanza pueden tener de que alguien los adopte si los tratamos como a seres temibles?

—Que alguien los adopte, dice —replicó la directora con una risotada.

Linus entornó los ojos.

—¿He dicho algo gracioso?

Ella sacudió la cabeza.

—No, discúlpeme. Su punto de vista me parece refrescante, en cierto modo. Desprende un optimismo contagioso.

—Soy como un rayo de sol, qué duda cabe —comentó

Linus en tono inexpresivo—. Bueno, si no hay nada más que añadir, sé dónde está la salida...

—¿Cómo puede usted dedicarse a esto? —le preguntó ella y acto seguido palideció, como escandalizada por lo que acababa de decir.

—No sé a qué se refiere.

—A trabajar para el DEJOMA.

Una gota de sudor le resbaló a Linus desde la nuca hasta el cuello de la camisa. Hacía mucho calor en el despacho. Por primera vez en mucho tiempo, deseó estar fuera, bajo la lluvia.

—¿Qué problema hay con el DEJOMA?

Ella titubeó.

—No pretendía ofenderle.

—Menos mal.

—Lo que quiero decir es... —Se apartó de su mesa, aún con los brazos cruzados—. ¿Nunca se hace preguntas?

—Nunca —respondió Linus de inmediato—. ¿Sobre qué?

—Sobre lo que ocurre con los lugares como este cuando usted presenta su informe final. La suerte que corren los niños.

—Salvo si me llaman para que vuelva, doy por sentado que siguen viviendo como niños geniales y felices hasta que se convierten en adultos geniales y felices.

—Que siguen vigilados por el gobierno a causa de lo que son.

Linus se sintió acorralado. No estaba preparado para esa conversación.

—Yo no trabajo para el Departamento Encargado de los Adultos Mágicos. Si tiene alguna queja al respecto, le recomiendo que se la comunique al DEAM. Yo me ocupo del bienestar de los niños, y de nada más.

La directora esbozó una sonrisa triste.

—No son niños durante toda su vida, señor Baker. Siempre acaban creciendo.

—Y mientras crecen, los profesionales como usted los dotan de las herramientas que necesitarán si se hacen mayores en el orfanato sin que nadie los adopte. —Reculó otro paso hacia la puerta—. Y ahora, si me disculpa, tengo que coger el autobús. Me espera un largo trayecto para volver a casa, y preferiría no perderlo. Le agradezco su hospitalidad. Y le reitero que, en cuanto presente el informe, se le enviará una copia para sus archivos. Por favor, no dude en consultarnos si le surge cualquier duda.

—Ahora que lo dice, tengo otra...

—Envíenosla por escrito —gritó Linus ya desde el pasillo—. Estoy deseando atenderla. —Cuando cerró la puerta tras de sí, el pestillo encajó en su sitio. Inspiró a fondo antes de exhalar despacio—. Ahora sí que la has hecho buena, chico. Te enviará cientos de dudas.

—Todavía le oigo —dijo la directora desde el otro lado de la puerta.

Sobresaltado, Linus se alejó a paso veloz por el pasillo.

Se disponía a salir por la puerta principal cuando se detuvo al oír un alegre estallido de carcajadas procedente de la cocina. Aunque en el fondo sabía que no era buena idea, se acercó hacia allí de puntillas. Pasó junto a varios carteles fijados en las paredes, con los mismos mensajes que había visto en los orfanatos acreditados por el DEJOMA en los que había estado. Mostraban imágenes de niños sonrientes bajo leyendas como SOMOS MÁS FELICES CUANDO OBEDECEMOS A LOS ENCARGADOS, UN NIÑO CALLADO ES UN NIÑO SANO y ¿QUIÉN NECESITA LA MAGIA TENIENDO IMAGINACIÓN?

Asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

Allí, en torno a una gran mesa de madera, había un grupo de niños.

Vio a un crío con los brazos cubiertos de plumas azules.

Vio a una chiquilla que reía con sonoros graznidos, como una bruja. No tenía nada de raro considerando que, según su expediente, eso es justo lo que era.

Vio a una muchacha mayor capaz de entonar cantos tan seductores que ocasionaban que los barcos embarrancaran en la costa. Linus se había quedado de una pieza cuando había leído esto en su historial.

Vio a un selkie, un niño al que una piel lanuda le cubría los hombros.

También vio a Daisy y Marcus, por supuesto, sentados uno al lado del otro. Con la boca llena de trozos de galleta, ella se deshacía en exclamaciones sobre la escayola de la cola del chico. Este, con el rostro salpicado de pecas rojizas y la cola apoyada sobre la mesa, le sonreía de oreja a oreja. Linus oyó que le pedía a Daisy que le hiciera otro dibujo en el yeso con uno de sus lápices de colores. Ella accedió de inmediato.

—Una flor —sugirió la chiquilla—. O un bicho con dientes afilados y un aguijón.

—Ooh —jadeó Marcus—. El bicho. Tienes que dibujarme el bicho.

Linus los dejó con sus cosas, satisfecho con lo que había visto.

Se encaminó de nuevo hacia la salida. Suspiró al percatarse de que se había vuelto a dejar el paraguas.

—Pues anda que...

Abrió la puerta y salió a la lluvia para emprender el largo camino de vuelta a casa.

Dos

—¡Señor Baker!

Linus gruñó entre dientes. Hasta ese momento, había sido un día redondo. Más o menos. Se había pringado la camisa blanca de vestir con el aliño color naranja de la ensalada rancia que había comprado en el economato, y al frotar la persistente mancha para intentar quitarla, solo había conseguido extenderla. La lluvia martilleaba el tejado y no daba señales de amainar pronto. Linus se había olvidado otra vez el paraguas en casa.

Pero, por lo demás, el día había ido bien.

En gran parte.

El tecleo de ordenadores que se oía a su alrededor cesó cuando la señorita Jenkins se acercó. Era una mujer adusta, con el cabello recogido hacia atrás, tan tirante que el unicejo se le elevaba hasta la mitad de la frente. Linus a veces se preguntaba si esa mujer había sonreído alguna vez en su vida. Suponía que no. La señorita Jenkins era una persona hosca, con el carácter de una víbora irritable.

También era su supervisora, por lo que Linus Baker no se atrevía a contrariarla.

Se tironeó del cuello de la camisa, nervioso, mientras la

señorita Jenkins se aproximaba, serpenteando entre los escritorios, con los tacones repiqueteando sobre el frío suelo de piedra. Su ayudante, Gunther, un hombrecillo despreciable con pinta de sapo, la seguía de cerca con una tabla sujetapapeles y un lápiz escandalosamente largo que utilizaba para anotar los nombres de todos los empleados que parecían estar holgazaneando en el trabajo. Al término de la jornada, se sumaban los puntos negativos de la lista y se agregaban al recuento semanal. Al final de la semana, si alguien se había ganado cinco puntos negativos o más, estos quedaban reflejados en su expediente personal. Nadie quería que le pasara eso.

Los empleados junto a los que pasaban la señorita Jenkins y Gunther mantenían la cabeza gacha, fingiendo trabajar, pero Linus sabía que no era así; estaban aguzando el oído para intentar averiguar qué falta había cometido y qué sanción le impondrían. Quizá lo obligarían a marcharse antes de tiempo y le descontarían las horas perdidas del sueldo. O tal vez le ordenarían que se quedara hasta más tarde de lo normal y aun así le descontarían dinero del sueldo. En el peor de los casos, lo despedirían, su carrera profesional se iría al garete, y él se quedaría para siempre sin un sueldo del que pudieran descontarle dinero.

No podía creer que solo fuera miércoles.

Se hundió aún más en la miseria cuando cayó en la cuenta de que en realidad era martes.

No se le ocurría una sola cosa que hubiera hecho mal, salvo que se hubiera pasado un minuto del cuarto de hora reglamentario para almorzar, o que su último informe no hubiera resultado del todo satisfactorio. El cerebro le iba a mil por hora. ¿Había perdido demasiado tiempo intentando quitarse la mancha de aliño? ¿Se le había escapado un error tipográfico en su informe? Lo dudaba. Le había quedado impecable, a diferencia de la camisa.

Sin embargo, la señorita Jenkins tenía una expresión perversa que no auguraba nada bueno. Aunque a Linus siempre le parecía que hacía un frío glacial en aquella oficina, en aquel momento notaba un calor bochornoso. Pese a que había corriente —aquella birria de tiempo no hacía más que empeorar las cosas—, las gotas de sudor le rodaban por la parte posterior del cuello. El brillo verdoso de la pantalla de su ordenador se le antojaba demasiado intenso, y le costaba mantener la respiración tranquila y regular. El médico le había advertido que le había salido la tensión demasiado alta en su último chequeo y que necesitaba reducir los factores estresantes en su vida.

La señorita Jenkins era uno de ellos.

Pero Linus se guardó su opinión.

Su pequeño escritorio de madera se encontraba casi en el centro de la oficina: era la mesa siete de la fila L en una sala que comprendía veintiséis filas con catorce mesas cada una. Apenas había espacio entre ellas. Una persona delgada podía pasar sin problemas, pero para alguien con unos pocos kilos de más en torno a la cintura (la palabra clave era «pocos», naturalmente), la cosa no resultaba tan sencilla. Si les hubieran permitido tener objetos de adorno personales sobre el escritorio, seguramente Linus habría ocasionado más de un estropicio. No obstante, puesto que eso iba contra las normas, solo topaba contra las mesas con las anchas caderas y se apresuraba a pedir disculpas ante las miradas hostiles que recibía. Esta era una de las razones por las que solía esperar a que la oficina estuviera casi vacía antes de marcharse a casa. La otra razón era que había cumplido los cuarenta hacía poco, y lo único que había conseguido en la vida era una casa diminuta, un gato arisco que seguramente los enterraría a todos y unos michelines cada vez más acusados que su médico le había palpado y pellizcado con una jovialidad que no

venía a cuento mientras pontificaba sobre las maravillas de las dietas.

De ahí la ensalada rancia del economato.

Colgados a gran altura estaban los carteles con repugnantes mensajes alentadores que proclamaban: ESTÁS HACIENDO UN BUEN TRABAJO y APROVECHA CADA MINUTO DEL DÍA, PORQUE UN MINUTO PERDIDO ES UN MINUTO DESPERDICIAO. Linus los detestaba con toda el alma.

Apoyó las manos abiertas en la mesa para no clavarse las uñas en las palmas. El señor Tremblay, que ocupaba la mesa seis de la fila L, le dedicó una sonrisa siniestra.

—Ahora sí que te la vas a cargar —le dijo a Linus por lo bajo.

La señorita Jenkins llegó frente a su mesa, con los labios reducidos a una línea fina. Como de costumbre, se había aplicado el maquillaje en abundancia, a oscuras y sin la ayuda de un espejo. La densa capa de colorete en las mejillas era de color magenta, y el carmín parecía sangre. Llevaba un traje pantalón negro abotonado hasta justo debajo del mentón. Era liviana como un sueño, con unos huesos puntiagudos que se le marcaban bajo una piel demasiado tensa.

Gunther, en cambio, tenía un aspecto tan lozano como el señor Tremblay. Corría el rumor de que era el hijo de un pez gordo, seguramente alguien de Altísima Dirección. Aunque Linus no hablaba mucho con sus compañeros de trabajo, los oía cotillear entre susurros. Había descubierto a una edad temprana que, si no hablaba, la gente a menudo se olvidaba de que estaba ahí o incluso de que existía. Cuando era niño, su madre le había dicho que se confundía con la pintura de las paredes y las personas solo se acordaban de su presencia cuando algo les refrescaba la memoria.

—Señor Baker —dijo otra vez la señorita Jenkins, casi con un gruñido.